

Revista de poética medieval, 14 (2005), pp. 129-138

Rebeca Sanmartín Bastida, *Imágenes de la Edad Media: la mirada del Realismo*, Madrid, CSIC, 2002 (Anejos de la “Revista de literatura”, 56), 637 págs.

Rebeca Sanmartín ofrece en esta obra el resultado de una ambiciosa investigación que bien hubiera podido ser el colofón de toda una vida de estudio, ya que la autora, con esta publicación de 630 páginas, se propone subsanar la laguna del conocimiento del movimiento medieval en la segunda mitad del siglo XIX. Al mérito de atreverse a tan alto objetivo se une el valor del resultado: a lo largo de los capítulos se extraen las huellas del medievalismo en estudios de historia, filología, poesía, narrativa, teatro, música, artes plásticas y pensamiento, de 1860 a 1890, huellas que le llevan a concluir que en esta etapa etiquetada de “realista” el interés hacia el Medioevo fue algo más que un prolongado postromanticismo. Para su tarea la autora se ha servido no sólo del estudio de las fuentes literarias sino también de los instrumentos de la Teoría de la Recepción y de los textos de la prensa ilustrada de tema general, muy distintos a los de revistas especializadas o culturales que construyeron la llamada narración oficial. Estas fuentes han permitido dar un enfoque novedoso a su análisis.

En el primer capítulo la autora se centra en el estudio de la historia y muestra cómo los historiadores de la época –que se autodenominan escritores– ostentan erudición y siguen el método comparativo. Ofrece una síntesis de sus características predominantes: la continuación del historicismo; la consolidación de las bases teóricas del estudio histórico establecidas por el positivismo; el auge de la enseñanza de la historia, también a través de abundantes estudios históricos en prensa ilustrada, iluminadas con bellos graba-

dos; la búsqueda sistemática de las raíces de la nación tras la Revolución Francesa por parte del nacionalismo; la importancia creciente del estudio de las costumbres de cada región, especialmente del País Vasco, Cataluña y Galicia; las traducciones de obras historiográficas en árabe; y, por último, el recurso al católico Medioevo como arma política.

El segundo capítulo bosqueja las principales líneas de investigación de la filología medievalista, disciplina que se transforma y evoluciona hacia un tipo de filología científica comparable a las del resto de Europa durante la segunda mitad del siglo XX. Se publican muchas ediciones únicas de textos medievales; se avanza considerablemente en el estudio de la historia de la lengua; se escriben artículos sobre los distintos dialectos de la península; y se avanza en etimología y gramática histórica. En cuanto a obras literarias, se editan códices medievales, poesía de cuaderna vía, distintas versiones del *Poema del Mío Cid* por su vinculación al mito de Castilla, las cantigas, poesía popular y, sobre todo, el rico corpus de la poesía de cancionero. Finalmente, la autora ofrece un interesante estudio del folclore y las baladas.

El tercer capítulo muestra la abundancia del tema medievalista en los textos poéticos de la época. La autora ofrece datos de las imitaciones de poemas medievales, incluidas algunas versiones de poesía árabe, y de falsificaciones de textos que pretenden hacerse pasar por medievales; rastrea las huellas de Manrique y de Dante entre los poetas de finales del XIX; analiza con detalle las influencias del medievalismo en Núñez de Arce y Ferrari, así como en Jose María de Heredia, Vicente Colorado y Campoamor; recoge aspectos medievales de los premodernistas y del último Zorrilla, combinados con el Realismo y el Modernismo de todos estos poetas.

El cuarto capítulo acoge las influencias medievalistas en narrativa. En cuanto a la narrativa breve, la autora repasa fábulas y cuentos populares. Así, desbroza los textos de Coloma, Alarcón y Campillo; los cuentos medievales de Blasco Ibáñez; los cuentos costumbristas y los de príncipes y hadas de Pardo Bazán; los cuentos infantiles y los fantásticos de Valera. Con respecto a la novela, la autora documenta ampliamente la crisis de la novela histórica, y rastrea el medievalismo de las obras de Blasco Ibáñez, Coloma, Pardo Bazán, Amador de los Ríos, Castelar, Clarín y Pérez Galdós. Un último apartado lo dedica al paso del Romanticismo al Modernismo, y demuestra cómo, aunque se reduce la presencia de elementos medievales en la transición realista, éstos siguen estando presentes y con características cambiantes.

El capítulo quinto, enfocado más que ninguno en un análisis desde la recepción, se centra en el teatro histórico medievalista y en sus repercusiones

en la literatura y la estética de la época. Se repasa concienzudamente la crítica aparecida en los periódicos a obras de teatro histórico; se ofrecen abundantes textos que muestran la polémica del realismo/idealismo al hilo de las consideraciones sobre el drama histórico romántico; se rastrea la presencia del realismo en el teatro histórico; se estudian obras dramáticas de novelistas, entre ellos de Galdós y de Valera; y se analiza en profundidad *Rienzi el tribuno*, con sus ideas sociales. Como en cada uno de los capítulos anteriores, se comenta el paso del Romanticismo al Modernismo en el teatro de la segunda mitad del XIX; además, no se olvida la autora de la ópera de Wagner ni de la zarzuela, y atiende con especial detalle a la postura de Alarcón, contrario a la consideración de la zarzuela como la “ópera nacional”; por último, se hace un repaso a los estudios publicados en prensa que contribuyeron a la recuperación del interés por la música medieval.

El capítulo sexto se dedica a las artes plásticas por su vinculación teórica y práctica con la literatura de la época que nos ocupa. En la prensa se constata el interés creciente por el arte medieval durante el XIX: la autora muestra con abundantes textos de crítica en revistas la vinculación de este género con la búsqueda de identidad nacional, y el giro radical hacia el Realismo, en parte debido a la influencia francesa, en los años 80 y 90; en cuanto a la escultura, se demuestra un similar recorrido hacia un realismo y un afianzamiento de los valores nacionales; para esto último, se cuenta como instrumento con la exaltación de los monumentos medievales, abundantísimos en los grabados de la prensa, especialmente los de estilo gótico y neomudejar. Finalmente la autora consagra un último apartado –con abundantes ilustraciones gráficas– a los grabados de la época en los que predominan elementos medievales.

El séptimo y último capítulo se dedica al pensamiento medievalista: la autora considera que la Edad Media nos ha llegado mediatizada por estudiosos de siglos precedentes que han seleccionado sólo algunos textos medievales, selección que se constituye en interesante fuente historiográfica. De la imagen idealizada de la Edad Media de principios del XIX se evoluciona hacia distintos planteamientos: aparece ahora el problema social medieval; el estudio de la institución del Municipio; la pregunta sobre cuándo surge el pueblo español y la nueva forma de ver la Reconquista. La intolerancia religiosa medieval, el papel de la mujer y la brujería son varios de los temas comentados en la prensa de la época y en el mundo editorial.

En el Epílogo la autora expone brillantemente cómo tras la crisis del 98 hubo una inflexión en la valoración de lo medieval, por influencia de los

regeneracionistas que desmitifican la versión oficial de los hechos. La autora repasa el tratamiento de lo medieval entre los autores del 98.

La conclusión de Rebeca Sanmartín es que, aunque sea cierto que el Realismo desvió la mirada del Medievo, en realidad la influencia medieval siguió estando presente, pero adaptada a las nuevas corrientes estéticas y científicas: no perdió su vinculación con la política, pues tanto liberales como conservadores la utilizan para sus fines; se dejó influir especialmente por el feminismo, el socialismo y el nacionalismo, olvidada ya la pretensión de estudiar la Edad Media tal como fue (el positivismo constata la dificultad de esa utopía); influyó fuertemente en la recuperación de la metafísica y la espiritualidad; y un último dato objetivo: al público le siguió gustando lo medieval, a pesar de la predilección por lo contemporáneo de muchos autores. Todo esto demuestra que el medievalismo del siglo XIX tiene tanto que ver con el interés por la Edad Media como por las preocupaciones propias de ese siglo.

M^a Auxiliadora Barrios Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid

Francisco López Estrada, *Libro de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, Laberinto (Arcadia de las Letras, 9), 2003, 156 páginas.

La colección de volúmenes dedicados al estudio de la literatura española, *Arcadia de las Letras*, de la editorial *Laberinto*, nos ilustra con una nueva entrega a cargo del profesor Francisco López Estrada, reconocido erudito de las letras hispánicas. Sus trabajos anteriores, versados sobre distintas épocas de la historia literaria tanto de la Edad Media como de los Siglos de Oro y de la era moderna, han sido difundidos en el ámbito de la crítica literaria internacional. Su brillante trayectoria como crítico e investigador está unánimemente reconocida, así lo evidencian los títulos que le han sido otorgados a lo largo de su dilatada carrera, entre los que se encuentran los de Comendador de la Orden del Mérito de Italia, Oficial de las Palmas Académicas de Francia, miembro de la Hispanic Society of America, Académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y correspondiente de la Real Academia Española. Su labor docente como catedrático ha sido desempeñada en diferentes Universidades como las de La Laguna, Sevilla o la Complutense de Madrid, de la que hoy es profesor emérito. Su extenso currículum, tan ilustre